

# LA INMUTABILIDAD DE CRISTO

## Volumen 1 – Sermón No. 170

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 3 DE ENERO DE 1858,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”  
Hebreos 13:8***

Está bien que haya una persona que sea igual, es bueno que haya una roca estable en medio de las olas cambiantes de este mar de vida. ¿Cuántos y cuán graves han sido los cambios del año pasado? ¿Cuántos de vosotros que comenzasteis en la opulencia, por el pánico que ha sacudido a las naciones, habéis sido reducidos casi a la pobreza? ¿Cuántos de vosotros, que comenzasteis en buen estado de salud en este lugar el primer día de reposo del año pasado, habéis tenido que venir aquí tambaleantes, sintiendo que el aliento del hombre está en su nariz y en qué ha de ser contado? Muchos de ustedes vinieron a este auditorio con una familia numerosa, apoyados en el brazo de un amigo elegido y muy querido.

¡Ah, por amor, si fueras todo y nada más, oh tierra! Porque has enterrado a los que más amabas. Algunos de ustedes han venido aquí sin hijos, o viudas, o sin padre, todavía llorando su reciente aflicción, se han producido cambios en tu patrimonio que han llenado tu corazón de miseria. Tus copas de dulzura han sido rotas por corrientes de hiel. Tus cosechas doradas han tenido cizaña arrojada en medio de ellas y has tenido que segar la mala hierba junto con el grano precioso. Tu mucho oro fino se ha oscurecido y tu gloria se ha ido. Las dulces imágenes al comienzo del año pasado se convirtieron en amargas al final. Vuestros placeres y vuestros éxtasis se convirtieron en depresión y presentimientos. ¡Ay de nuestros cambios! ¡Aleluya a Aquel que no tiene cambios!

Pero cosas más grandes han cambiado que nosotros, porque los reinos han temblado en las balanzas. Hemos visto una península inundada de sangre, y un motín lanzando su grito de guerra sangrienta. No, el mundo entero ha cambiado: la tierra se ha despojado de su verde y se ha puesto su sombrío manto de otoño y pronto espera vestir su manto de armiño de nieve. Todas las cosas han cambiado. Creemos que no solo en apariencia sino en realidad, el mundo está envejeciendo, el sol mismo debe oscurecerse pronto con el tiempo. Ha comenzado el plegado de la gastada vestidura. El cambio de los cielos y la tierra ciertamente ha comenzado.

Ellos perecerán. Todos ellos se envejecerán como un vestido. Pero por siempre bendito es Aquel que es el mismo y cuyos años no tienen fin. La satisfacción que siente el marinero, cuando, después de haber sido zarandeado durante muchos días, pone el pie en la sólida orilla, es precisamente la satisfacción del cristiano, cuando, en medio de todos los cambios de esta vida angustiosa, pone el pie de su fe sobre un texto como este: "el mismo ayer, y hoy, y por los siglos". La misma estabilidad que el ancla da a la nave, cuando por fin se ha apoderado de alguna roca inamovible, esa misma estabilidad da nuestra esperanza a nuestro espíritu, cuando, como un ancla, se fija en una verdad tan gloriosa como esta. "Jesucristo el mismo ayer y hoy y por los siglos".

Primero intentaré esta mañana abrir el texto con una pequeña explicación. Luego trataré de responder a algunas objeciones que nuestra perversa incredulidad seguramente levantará en su contra. Y después trataré de sacar algunas lecciones útiles, consoladoras y prácticas de la gran verdad de la inmutabilidad de Jesucristo.

**1.** Primero, entonces, abrimos el texto con una pequeña EXPLICACIÓN: "Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos". Él es el mismo en Su Persona. Cambiamos perpetuamente. La flor de la juventud da lugar a la fortaleza de la virilidad, y la madurez de la virilidad se desvanece en la debilidad de la vejez. Pero, "Tú tienes el rocío de tu juventud". ¡Cristo Jesús, a quien adoramos, eres tan joven como siempre! Vinimos a este mundo con la ignorancia de la infancia. Crecemos buscando, estudiando y aprendiendo con la diligencia de la juventud. Alcanzamos un poco de conocimiento en nuestros años más maduros. Y luego, en nuestra vejez, volvemos tambaleándonos a la imbecilidad de nuestra niñez. Pero, oh, nuestro Maestro, Tú conociste perfectamente todas las cosas mortales o eternas desde antes de la fundación del mundo, y Tú sabes todas las cosas ahora y para siempre. Serás el mismo en Tu Omnisciencia.

Somos un día fuertes y al día siguiente débiles, un día decididos y al día siguiente vacilantes, una hora constantes y la siguiente hora inestables como el agua. Somos un momento santos, guardados por el poder de Dios. Al momento siguiente estamos pecando, descarriados por nuestras propias concupiscencias. Pero nuestro Maestro es siempre el mismo, puro y nunca manchado, firme y nunca cambiante, eternamente Omnipotente, inmutablemente Omnisciente. De Él ningún atributo pasa. A Él no llega nunca ninguna paralaje, ningún trópico. Sin variación ni sombra de giro, Él permanece firme y de pie.

¿Cantó Salomón acerca de su gran Amada, "Su cabeza como oro finísimo; Sus cabellos crespos, negros como el cuervo. Sus ojos, como palomas junto a los arroyos de las aguas, que se lavan con leche, y a la perfección colocados. Sus mejillas, como una era de especias aromáticas, como fragantes flores; sus labios, como lirios que destilan mirra fragante. Sus manos, como anillos de oro engastados de jacintos; Su cuerpo, como claro marfil cubierto de zafiros. Sus piernas, como columnas de mármol fundadas sobre basas de oro fino; Su aspecto como el Líbano, escogido como los cedros?

Seguramente podemos incluso ahora concluir la descripción de nuestra propia experiencia de Él. Y aunque respaldamos cada palabra que se dijo antes, podemos terminar la descripción diciendo: "Su boca es muy dulce, sí, Él es todo encantador. Su incomparable belleza no se ve afectada. Todavía es 'el principal entre diez mil', 'el más hermoso de los hijos de los hombres'. ¿Habló el divino Juan de Él cuando dijo: "Su cabeza y Sus cabellos eran blancos como la lana, tan blancos como la nieve. Y sus ojos eran como llama de fuego. y sus pies semejantes al bronce bruñido, como si ardieran en un horno. y su voz como estruendo de muchas aguas. Y tenía en su mano derecha siete estrellas. Y de su boca salía una espada aguda de dos filos. Y su semblante era como el sol cuando resplandece en su fuerza"?

Él es el mismo: en Su frente nunca hay un surco. Sus mechones están grises por la reverencia, pero no por la edad. Sus pies se mantienen tan firmes como cuando pisaron las montañas eternas en los años anteriores a la creación del mundo. Sus ojos tan penetrantes como cuando, por primera vez, miró un mundo recién nacido. La Persona de Cristo nunca cambia. Si Él viniera a la tierra a visitarnos nuevamente, como seguramente lo hará, deberíamos encontrarlo en el mismo Jesús. Tan amoroso, tan accesible, tan generoso, tan bondadoso y aunque vestido con vestiduras más nobles que las que vestía cuando visitó la tierra por primera vez, aunque ya no era el Varón de dolores ni el conocido del dolor, sería la misma Persona, sin cambios por todas Sus glorias. Sus triunfos y Sus alegrías. Bendecimos a Cristo porque en medio de Sus esplendores celestiales, Su Persona es la misma y Su naturaleza no se ve afectada.

Una vez más, Jesucristo es el mismo con respecto a Su Padre como siempre. Él era el Hijo muy amado de Su Padre antes de todos los mundos. Su amado en la corriente del Bautismo. Él fue Su amado en la Cruz. Él era su amado cuando llevó cautiva la cautividad y no es menos objeto del afecto infinito de su Padre ahora que entonces. Ayer Él yacía en el seno de Jehová, Dios, teniendo todo poder con Su Padre; hoy Él está de pie sobre la tierra como hombre, con nosotros, pero sigue siendo el mismo, para siempre. Ascende a lo alto y sigue siendo el Hijo de Su Padre, todavía por herencia, teniendo un nombre más excelente que los ángeles, sentado todavía muy por encima de todos los principados y potestades y de todo nombre que se nombra.

Oh cristiano, dale a Él tu causa para abogar. El Padre le responderá tan bien ahora como lo hizo en otro tiempo. No dudes de la gracia del Padre. Acude a tu Defensor. Él está tan cerca del corazón de Jehová como siempre, tan prevaleciente en Su intercesión. Confía en Él, entonces, y al confiar en Él puedes estar seguro del amor del Padre por ti.

Pero ahora hay un pensamiento aún más dulce. Jesucristo es el mismo para Su pueblo como siempre. Nos hemos deleitado en nuestros momentos más felices, en los días que se han ido, al pensar en Aquel que nos amó cuando no teníamos existencia. A menudo hemos cantado con éxtasis a Aquel que nos amó cuando no lo amamos.

***“Jesús me buscó cuando era un extraño,  
errante del redil de Dios.  
Él, para salvar mi alma del peligro,  
interpuso su preciosa sangre”.***

También hemos mirado hacia atrás, a los años de nuestros problemas y nuestras pruebas. Y podemos dar nuestro solemne, aunque humilde testimonio de que Él ha sido fiel a nosotros en todas nuestras exigencias, y nunca nos ha fallado ni una sola vez. Vamos, entonces, consolémonos con este pensamiento: que, aunque hoy nos aflija con un sentimiento de pecado, Su corazón es para nosotros el mismo que siempre. Cristo puede usar máscaras que parecen negras para Su pueblo, pero Su rostro es siempre el mismo. Cristo a veces puede tomar una vara en Su mano en lugar de un cetro de oro, pero el nombre de Sus santos está grabado tanto en la mano que empuña la vara como en la palma que empuña el cetro.

¡Y oh, dulce pensamiento que ahora irrumpe en nuestra mente! Amado, ¿puedes concebir cuánto Cristo te amará, te bañará en mares de descanso celestial? ¿Habéis pensado alguna vez en el amor que Cristo os manifestará cuando os presente sin mancha, ni defecto, ni cosa semejante, delante del trono de Su Padre? Bueno, haz una pausa y recuerda que Él te ama en esta hora tanto como te amará entonces. Porque Él será el mismo para siempre como lo es hoy y Él es el mismo hoy como lo será para siempre. Una cosa sé: si el corazón de Jesús está puesto en mí, Él no me amará ni un átomo más cuando esta cabeza lleve una corona, y cuando esta mano toque con dedos alegres las cuerdas de las arpas doradas, de lo que me ama ahora, en medio de todo. mi pecado y cuidado y aflicción.

Creo en el dicho que está escrito: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado”. Y un mayor grado de amor que no podemos imaginar. El Padre ama infinitamente a Su Hijo y así hoy, Creyente, el Hijo de Dios te ama. Su corazón te anhela. Su corazón fluye hacia ti. Toda Su vida es tuya. Toda Su Persona es tuya. Él no puede amarte más. Él no te amará menos. “El mismo ayer, hoy y siempre”.

Pero recordemos aquí que Jesucristo es el mismo para los pecadores hoy como lo fue ayer. Hace ya ocho años que fui por primera vez a Jesucristo. Llegado el sexto de este mes, entonces tendré ocho años en el Evangelio de la gracia de Jesús, un niño, un niño pequeño todavía. Recuerdo esa hora cuando escuché esa exhortación: "Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios y fuera de mí no hay otro". Y recuerdo, como con mucho temblor y con poca fe me aventuré a acercarme a los pies del Salvador.

Pensé que me rechazaría de Él: "Ciertamente", dijo mi corazón, "si te atreves a poner tu confianza en Él como tu Salvador, sería una presunción más condenable que todos tus pecados juntos. No vayas a Él, Él te despreciará". Sin embargo, puse la soga alrededor de mi cuello, sintiendo que, si Dios me destruyera para siempre, Él sería justo. Eché las cenizas sobre mi cabeza y con muchos suspiros confesé mi pecado. Y luego, cuando me atreví a acercarme a Él, cuando esperaba que frunciera el ceño, extendió la mano y dijo: "Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo y no me acordaré de tus pecados".

Vine como el pródigo, porque me obligaron a venir. Fui privado de hambre de ese país extranjero donde en una vida desenfadada había gastado mis bienes y vi la casa de mi Padre muy lejos. Pero no sabía que el corazón de mi Padre latía de amor por mí. Oh hora de éxtasis, cuando Jesús susurró que yo era suyo y cuando mi alma pudo decir: "Jesucristo es mi salvación". Y ahora refrescaría mi propia memoria recordándome que lo que mi Maestro fue para mí ayer, lo es hoy. Y si yo sé que como pecador fui a Él entonces y Él me recibió, si alguna vez tengo tantas dudas acerca de mi santidad no puedo dudar sino de que soy pecador. Así que, a tu Cruz, oh Jesús, voy de nuevo y si me recibiste entonces, me recibirás ahora. Y creyendo que eso es verdad, me vuelvo hacia mis semejantes mortales y digo: "El que me recibió a mí, el que recibió a Manasés, el que recibió al ladrón en la cruz, es el mismo hoy que en ese entonces".

¡Oh, ven y pruébalo! ¡Ven y pruébalo! ¡Oh, vosotros que conocéis vuestra necesidad de Él, venid a Él! Vosotros que habéis vendido por nada vuestra herencia de arriba, podéis recuperarla sin comprarla, el don del amor de Jesús. Vosotros que estáis vacíos, Cristo está tan lleno hoy como siempre. ¡Venir! llénense aquí. Tú que tienes sed, la corriente corre. Vosotros que sois negros en el pecado, la fuente todavía puede purificaros. Tú que estás desnuda, el guardarropa no está vacío.

***"Venid, almas culpables, y corred  
a Cristo, y sanad vuestras heridas.  
Todavía es el día de la gracia del Evangelio,  
Y ahora la gracia gratuita abunda."***

No puedo pretender entrar en la plenitud de mi texto como quisiera. Pero un pensamiento más: Jesucristo es el mismo hoy que ayer en las enseñanzas de Su Palabra. Nos dicen en estos tiempos que las mejoras de la era requieren mejoras en la teología. Bueno, he oído decir que la forma en que predicaba Lutero no sería adecuada para esta época. ¡Somos demasiado educados! El estilo de predicación, dicen, que se hizo en los días de John Bunyan, no es el estilo ahora. Es cierto que honran a estos hombres. Son como los fariseos: construyen los sepulcros de los profetas que sus padres mataron, y así confiesan que son los propios hijos de sus padres y como sus padres. Y los hombres que se ponen de pie para predicar como lo hicieron aquellos hombres, con lenguas honestas y que no saben cómo usar frases refinadas y cortesanías, están tan condenados ahora como aquellos hombres lo estaban en su tiempo. Porque dicen, "el mundo marcha y el Evangelio debe marchar también".

No, señores, el antiguo Evangelio es el mismo. Ninguna de sus estacas debe ser removida, ninguna de sus cuerdas debe ser aflojada. "Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y el amor que es en Cristo Jesús". La teología no tiene nada nuevo en ella excepto lo que es falso. La predicación de Pablo debe ser la predicación del ministro de hoy. Allí, el efecto y la perfección no pueden ser mejores. La antigua Verdad que predicó Calvino, que predicó Crisóstomo, que predicó Pablo, es la Verdad que debo predicar hoy, o de lo contrario seré mentiroso a mi conciencia y a mi Dios. No puedo moldear la Verdad. No conozco tal cosa como cortar los bordes ásperos de una doctrina.

El Evangelio de John Knox es mi Evangelio. Lo que tronó en Escocia debe volver a tronar en Inglaterra. La gran masa de nuestros ministros son lo suficientemente sanos en la fe pero no lo suficientemente sanos en la forma en que la predicán. La elección no se menciona una vez al año en muchos púlpitos. La perseverancia final se mantiene atrás. Las grandes cosas de la Ley de Dios se olvidan, y una especie de mezcla mestiza de arminianismo y calvinismo, es el deleite de la época actual. Y por eso el Señor ha abandonado muchos de Sus tabernáculos y ha dejado la casa de Su pacto, y Él la dejará hasta que la trompeta vuelva a dar un sonido certero. Porque dondequiera que no esté el antiguo Evangelio, encontraremos "Icabod" escrito en las paredes de la Iglesia en poco tiempo. La antigua verdad de los pactantes, la antigua verdad de los puritanos, la antigua verdad de los Apóstoles es la única Verdad que resistirá la prueba del tiempo. Nunca necesita ser alterado para adaptarse a una generación malvada e impía. Cristo Jesús predica hoy lo mismo que cuando predicaba en el Monte. Él no ha cambiado Sus doctrinas; los hombres pueden ridiculizar y reír, pero siguen siendo las mismas: 'semper idem' está escrito en cada una de ellas.

No podrán ser removidos o alterados. Que el cristiano recuerde que esto es igualmente cierto para las promesas. Que el pecador recuerde que esto es tan cierto como las amenazas.

Recordemos cada uno que no se puede añadir una palabra a este Libro Sagrado, ni quitarle una letra. Porque, así como Cristo Jesús es el mismo, también lo es su Evangelio: el mismo ayer, hoy y por los siglos. Por lo tanto, he abierto brevemente el texto, no en sus significados más completos, pero aún lo suficiente como para permitir al cristiano en su propio tiempo libre ver en la profundidad sin fondo: la inmutabilidad de Cristo Jesús el Señor.

2. Y ahora viene uno de andares torcidos, con un aspecto espantoso, uno que tiene tantas vidas como un gato y que no se puede matar de ninguna manera, aunque se hayan disparado contra él muchos cañonazos. Su nombre es el viejo Sr. Incredulidad. Y comienza su miserable oración declarando: "¿Cómo puede ser eso cierto? 'Jesucristo el mismo ayer y hoy y por los siglos'. ¡Pues ayer Cristo era todo sol para mí, hoy estoy angustiado!" Detente, Sr. Incredulidad. Les ruego que recuerden que Cristo no es cambiado. Te has cambiado a ti mismo, porque has dicho en tu misma acusación que ayer te regocijaste, pero hoy estás angustiado. Todo eso puede suceder y, sin embargo, no puede haber cambio en Cristo. El sol puede ser el mismo siempre, aunque una hora puede estar nublado y la siguiente, brillante con luz dorada. Sin embargo, no hay pruebas de que el sol haya cambiado. Así es también con Cristo:

***"Si hoy Él se digna bendecirnos  
Con un sentido de pecado perdonado,  
Él mañana puede angustiarnos,  
Hacernos sentir el flagelo dentro.  
Todo para hacernos  
hastiar de nosotros mismos y encariñados con Él."***

No hay cambio en Él.

***"Inmutable Su voluntad  
Aunque oscuro puede ser mi ser,  
Su amoroso corazón sigue siendo  
Inmutablemente el mismo.  
Mi alma pasa por muchos cambios,  
Su amor no conoce variación."***

Tus marcos no son una prueba de que Cristo cambia; son solo una prueba de que tú cambias.

Pero vuelve a decir el viejo Incredulidad: "Ciertamente Dios ha cambiado. Miras a los viejos santos de la antigüedad. ¡Qué hombres felices eran! ¡Cuán altamente favorecido de su Dios! ¡Qué bien les proveyó Dios! Pero ahora, señor, cuando tengo hambre, ningún cuervo viene a traerme pan y carne por la mañana, y pan y carne por la tarde. Cuando tengo sed, ninguna agua salta de la roca para saciar mi sed. Se dice de los hijos de Israel que sus vestidos no se envejecieron, pero hoy tengo un agujero en mi abrigo y no sé de dónde sacaré otro vestido. Cuando marcharon por el desierto, no permitió que nadie los lastimara. Pero, señor, estoy continuamente acosado por enemigos.

"Es cierto de mí lo que dice en las Escrituras: 'Y los amonitas angustiaron a Israel a la entrada del año', porque me están angustiando a mí. Vaya, señor, veo a mis amigos morir en las nubes. No hay carros de fuego para llevar a los Elías de Dios al Cielo ahora. Perdí a mi hijo; ningún Profeta se lo impuso y le devolvió la vida. Ningún Jesús me salió al encuentro a las puertas de la ciudad, para devolverme a mi hijo de la tumba tenebrosa. No, señor, estos son tiempos malos: la luz de Jesucristo se ha oscurecido. Si Él camina entre los candelabros de oro, todavía no es como solía hacerlo. Y peor que eso, señor, he oído a mi padre hablar de los grandes hombres que existieron en la época pasada. He oído los nombres de Romaine, Toplady y Scott. He oído hablar de Whitefields y de Bunyans.

"Pero, ¿dónde están esos hombres ahora? Señor, hemos caído en una era de tonterías. Los hombres se han extinguido y solo nos quedan unos pocos enanos. No hay ninguno que camine con el vagabundo gigante y el paso colosal de los padres poderosos, como Owen y Howe y Baxter y Charnock. Todos somos hombrecitos. Jesucristo no está tratando con nosotros como lo hizo con nuestros padres". Detente, Incredulidad, un minuto. Permíteme recordarte que el antiguo pueblo de Dios también tuvo sus pruebas. ¿No sabéis lo que dice el apóstol Pablo? "Por causa de ti somos muertos todo el día". Ahora bien, si hay algún cambio es un cambio para mejor. Porque aún no habéis "resistido hasta la sangre, luchando contra la muerte".

Pero recuerda que todavía no afecta a Cristo. Porque ni la desnudez, ni el hambre, ni la espada, nos han separado del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. Es verdad que no tenéis carro de fuego. Pero luego los ángeles te llevan al seno de Jesús y así es. Es cierto que ningún cuervo te trae comida, es igualmente cierto que obtienes tu comida de una forma u otra. Es bastante seguro que ninguna roca brota con agua, pero aún así tu agua ha sido segura. Es cierto que tu hijo no ha resucitado de entre los muertos, pero recuerda que David tuvo un hijo que no resucitó más que el tuyo. Tienes el mismo consuelo que tuvo él: "Yo iré a él, él no volverá a mí". Dices que tienes más desgarramiento que los santos de antaño. Es tu ignorancia lo que te hace decir eso.



Los hombres santos de la antigüedad dijeron: "¿Por qué te abates, alma mía? ¿Por qué te turbas dentro de mí? Incluso los profetas tuvieron que decir: "Me has embriagado con ajeno y me has roto los dientes con piedras de grava". Oh, estás equivocado, tus días no están más llenos de problemas que los días de Job, no estás más molesto por los malvados que Lot en la antigüedad, no tienes más tentaciones para enojarte que Moisés. Y ciertamente tu camino no es ni la mitad de áspero que el camino de tu bendito Señor. El mismo hecho de que tengas problemas es una prueba de Su fidelidad. Porque tienes la mitad de Su legado y tendrás la otra mitad. Usted sabe que la última voluntad y testamento de Cristo tiene dos porciones. "En el mundo tendréis aflicción". Tienes eso. La siguiente cláusula es: "En mí tendréis paz". También tienes eso. "Cobra ánimo. He vencido al mundo". Eso es tuyo también.

Y luego dices que has caído en una mala época con respecto a los ministros. Puede ser así. Pero recuerda, la promesa sigue siendo cierta. "Aunque os quite el pan y el agua, nunca os quitaré a vuestros pastores". Todavía tenéis los que tenéis, todavía algunos que son fieles a Dios ya Su Pacto y que no abandonan la Verdad. Y aunque el día puede ser oscuro, sin embargo, no es tan oscuro como lo han sido los días. Y, además, recuerda que lo que dices hoy es justo lo que dijeron tus antepasados. Los hombres en los días de Toplady miraron hacia atrás a los días de Whitefield.

Los hombres en los días de Whitefield miraron hacia atrás a los días de Bunyan. Los hombres en los días de Bunyan lloraban por los días de Wycliffe, Calvin y Lutero. Y entonces los hombres lloraron por los días de Agustín y Crisóstomo. Los hombres de aquellos días lloraban por los días de los Apóstoles. Y sin duda los hombres en los días de los Apóstoles lloraron por los días de Jesucristo. Y sin duda algunos en los días de Jesucristo estaban tan ciegos como para desear volver a los días de la profecía y pensaron más en los días de Elías que en el día más glorioso de Cristo. Algunos hombres miran más al pasado que al presente. Tenga la seguridad de que Jesucristo es el mismo hoy como lo fue ayer y será el mismo para siempre.

¡Llorante, alégrate! He oído hablar de una niña que, cuando murió su padre, vio a su madre llorar inmoderadamente. Día tras día y semana tras semana su madre se negó a ser consolada y la niña se acercó a su madre y poniendo su manita dentro de la mano de su madre, la miró a la cara y dijo: "Mamá, ¿Dios está muerto? ¿Está muerto Dios, mamá? Y su madre pensó: "Seguro que no". El niño parecía decir "Tu Hacedor es tu esposo. El Señor de los ejércitos es Su nombre. Para que puedas secar tus lágrimas. Yo tengo un padre en el Cielo y tú todavía tienes un Esposo". ¡Oh, santos que habéis perdido vuestro oro y vuestra plata! ¡Tú tienes un tesoro en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, donde ningún ladrón se abre paso ni hurta! Vosotros que hoy estáis enfermos, vosotros que habéis perdido la salud, acordaos de que llegará el día en que todo os será compensado y en que encontraréis que la llama no os

ha hecho daño, sino que ha consumido vuestra escoria y refinado vuestro oro.

Recuerde, Jesucristo es "el mismo hoy, ayer y por los siglos".

**3.** Y ahora debo ser breve al sacar una o dos dulces conclusiones de esa parte del texto. Primero, entonces, si Él es el mismo hoy que ayer, alma mía, no pongas tus afectos en estas cosas cambiantes, sino pon tu corazón en Él. Oh mi Corazón, no construyas tu casa sobre los pilares de arena de un mundo que pronto pasará, sino construye tus esperanzas sobre esta Roca, que cuando la lluvia descienda y vengan las inundaciones, se mantendrá inamoviblemente segura. Oh alma mía, te ordeno, guarda tu tesoro en este granero seguro. Oh mi Corazón, te pido ahora que pongas tu tesoro donde nunca puedes perderlo. Ponlo en Cristo. Pon todos tus afectos en Su Persona, toda tu esperanza en Su gloria, toda tu confianza en Su sangre eficaz, todo tu gozo en Su Presencia, y entonces te habrás puesto y puesto tu todo donde nunca puedes perder nada porque es seguro. Recuerda, oh Corazón mío, que se acerca el tiempo en que todas las cosas deben desvanecerse y en que debes separarte de todo. La noche sombría de la muerte pronto debe apagar tu sol. El diluvio oscuro debe rodar pronto entre tú y todo lo que tienes.

Entonces pon tu corazón con Aquel que nunca te dejará. Confía en Aquel que te acompañará a través de la negra y creciente corriente del torrente de la muerte, y que caminará contigo por las escarpadas colinas del Cielo, y te hará sentar con Él en los lugares celestiales para siempre. Anda, cuéntale tus secretos a ese Amigo que es más unido que un hermano. Mi Corazón, te encargo, confía todas tus preocupaciones a Aquel que nunca te será arrebatado, que nunca te dejará y que nunca permitirá que lo dejes a Él, incluso "Jesucristo, el mismo ayer, hoy y por los siglos". Esa es una lección.

Bueno, entonces, el siguiente. Si Jesucristo es siempre el mismo, entonces, alma mía, esfuérzate en imitarlo. Sea usted mismo, también. Recuerda que, si tuvieras más fe, serías tan feliz en el horno como en la montaña del gozo. Te alegrarías tanto en la hambruna como en la abundancia. Te alegrarías en el Señor cuando la aceituna no diera aceite, así como cuando la tinaja rebosara y rebosara. Si tuvieras más confianza en tu Dios, tendrías muchas menos sacudidas. Y si tuvieras mayor cercanía a Cristo, tendrías menos vacilaciones. Ayer pudiste rezar con todo el poder de la oración; quizás si siempre vivieses cerca de tu Maestro, siempre podrías tener el mismo poder sobre tus rodillas.

Una vez puedes desafiar la ira de Satanás y puedes enfrentarte a un mundo con el ceño fruncido; mañana huirás como un cobarde. Pero si siempre te acordases de Aquel que soportó tal contradicción de los pecadores contra Sí mismo, podrías estar siempre firme y estable en tu mente. Cuidado con ser como una veleta. Buscad a Dios para que Su Ley esté escrita en vuestros corazones como si estuviera escrita en piedra y no como si estuviera escrita en arena. Busca que Su gracia llegue a ti como un río y no como un arroyo que se agota.

Busca que puedas mantener tu conversación siempre santa, que tu curso sea como la luz brillante que no tarda, sino que arde más y más brillante hasta la plenitud del día. Sé como Cristo, siempre el mismo.

De nuevo, si Cristo es siempre el mismo, cristiano, ¡alégrate! Pase lo que pase, estás seguro.

***“Que las montañas de sus lugares sean movidas a las profundidades y enterradas allí.***

***Las convulsiones sacuden el mundo sólido: nuestra fe nunca tendrá que temer”.***

Si los reinos fueran a la ruina, el cristiano no necesita temblar. Solo por un minuto imagine una escena como esta: suponga que durante los próximos tres días el sol no debería salir. Supongamos que la luna se convirtiera en un coágulo de sangre y dejara de brillar sobre el mundo; imagina que una oscuridad que se pudiera sentir se cerniera sobre todos los hombres. Ahora imagina que todo el mundo tembló en un terremoto hasta que todas las torres, casas y chozas se derrumbaron. Imaginemos a continuación que el mar se olvidó de su lugar y saltó sobre la tierra, y que las montañas dejaron de estar en pie y comenzaron a temblar desde sus pedestales. Imagínese después de eso que un cometa resplandeciente cruzó el cielo, que el trueno bramó incesantemente, que los relámpagos sin un momento de pausa se sucedieron unos a otros.

Concibe entonces que contemplaste muchos espectáculos terribles, fantasmas diabólicos y espíritus sombríos. Imagínese a continuación que una trompeta, cada vez más fuerte, sonó, y se escucharon los gritos de los hombres muriendo y pereciendo. Imagina que en medio de toda esta confusión se encontrara un santo. Amigo mío, "Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos", lo mantendría tan seguro en medio de todos estos horrores como lo estamos nosotros hoy. ¡Alégrate! He imaginado lo peor que puede venir. Incluso entonces estarías seguro. Pase lo que pase, entonces, estás a salvo, mientras que Jesucristo es el mismo.

Y ahora, por último, si Jesucristo es "el mismo ayer, hoy y por los siglos", ¡qué triste obra esta para los impíos! Ah, pecador, cuando estuvo en la tierra dijo: "Su gusano no muere y su fuego nunca se apaga". Cuando estuvo de pie en el monte, dijo: "Más vale entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado al fuego del infierno". Como Hombre en la tierra, Él dijo que las cabras debían estar a la izquierda y que Él les diría: "Apartaos, si no creéis, depended de ello. Él nunca ha roto una promesa todavía; Él nunca romperá una amenaza. Esa misma verdad, que nos hace confiar hoy en día en que los justos irán a la vida eterna, debería haceros a vosotros igualmente seguros de que los incrédulos irán a la miseria eterna. Si Él hubiera roto Su promesa, podría romper Su amenaza. Pero como ha guardado uno, guardará el otro.

No esperes que Él cambie, porque el cambio no lo hará. No penséis que el fuego que Él dijo que era inextinguible se extinguirá después de todo. No, dentro de unos años más, querido lector, si no te arrepientes, encontrarás que cada jota y cada letra de las amenazas de Jesús se cumplirán. Y, fíjate, cumplida en ti. Mentiroso, Él dijo: "Todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre". Él no te engañará. Borracho, Él ha dicho: "Tú sabes que ningún borracho tiene vida eterna". Él no desmentirá Su Palabra. No tendrás vida eterna. Él ha dicho: "Las naciones que se olvidan de Dios serán arrojadas al infierno". Todos ustedes que se olvidan de la religión, pueden ser personas morales, Él guardará Su Palabra para ustedes, Él los arrojará al Infierno.

Oh, "Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; pues se inflama de pronto su ira. Bienaventurados todos los que en él confían". Ven, pecador, dobla tu rodilla. Confiesa tu pecado y déjalo, y luego ven a Él, pídele que tenga misericordia de ti. Él no olvidará su promesa: "Al que a mí viene, no le echo fuera". Ven y pruébalo. Con todos tus pecados a tu alrededor, ven ahora a Él. "Cree en el Señor Jesús y serás salvo", porque este es el Evangelio de mi Maestro y ahora lo declaro: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo. El que no creyere, será condenado". Dios les conceda gracia para creer, por Jesucristo nuestro Señor.

[EstudiaLaPalabra.org](http://EstudiaLaPalabra.org)